

Orson  
Scott Card

# IMPERIO

Una mirada incómoda a un futuro posible.

La terrible visión de una nueva guerra civil en Estados Unidos como consecuencia de la virulencia de los enfrentamientos políticos entre republicanos y demócratas, entre derecha e izquierda. Un problema que no es exclusivo de los Estados Unidos de América...

Un ameno y agitado thriller de acción protagonizado por personajes brillantes y entrañables, acompañado de una interesante y profunda reflexión política.

*A Cyndie y Jeremy  
por encontrar el equilibrio entre la ley y la vida  
y por compartir a Víctor y Cataan*

## Presentación

Poco voy a decirles ahora de esta novela de Orson Scott Card. El mismo autor incluye un comentario al final del libro (y que recomiendo leer sólo después de la novela...) donde expone una serie de reflexiones que no serían distintas de las que yo pudiera hacer aquí.

Pero algo diré...

Ocurre que esta vez Orson Scott Card se ha atrevido a enfrentarse a los prejuicios habituales en política y, situándose arriesgadamente en un extremo, elabora un ameno y agitado *thriller* de acción con personajes brillantes y entrañables pero en el marco de una nueva Guerra Civil en los Estados Unidos de América.

Para el interés de todos, el problema que desencadena esa nueva guerra civil estadounidense no es exclusivamente americano: el enfrentamiento entre izquierda y derecha, el sectarismo político que parece crecer en todas partes y del que, evidentemente, tampoco España parece estar libre.

Card se atreve a narrar una nueva guerra civil en su país tomando como protagonistas centrales a los soldados que defienden la legalidad constitucional ante el asesinato de un tal vez discutido presidente republicano bastante conservador. Sus protagonistas, inteligentes y entrañables para el lector, son personas que, lógicamente, defienden la Constitución, pero que, evidentemente, actúan al servicio

de lo que se consideraría la derecha, pese a su posible legitimidad en el caso que nos ocupa.

No parecen estar los tiempos para este tipo de enfoques.

Algunos lectores parecen confundir este planteamiento con un derechismo irremediable por parte del autor; algo que queda completamente desmentido por ese comentario final al que les remitía antes. Pero los esquemas, los prejuicios y el sectarismo siguen siendo malos consejeros.

Puedo contarles mi sorpresa cuando, entre las críticas que pude conocer de esta novela, brillante y amena como pocas, encontré varias que acusaban a Card casi de ser un animal antediluviano reaccionario y sumamente conservador, algo así como la quintaesencia de la derecha.

No es ésta precisamente la imagen que tengo de Card tras años de conocerlo en persona y de seguir su obra. Siempre me ha parecido un hombre inteligente y sumamente reflexivo, con profundas motivaciones éticas y que en ningún modo responde, al menos para mí, a la imagen que algunos quieren dar de él.

Es cierto que enfocar una nueva guerra civil en Estados Unidos (o en cualquier lugar del planeta) desde la óptica de protagonistas que actúan en favor de la derecha no parece hoy estar muy de moda. Sobre todo cuando la mayor parte de la *intelligentsia* cultural parece definirse a favor de la izquierda y de los llamados progresistas, frente a la derecha de los conservadores.

No ser sectario resulta hoy difícil (incluso, y tal vez sobre todo, para la izquierda, presuntamente más dada a la ética que la derecha...), y atreverse a escribir esta novela no ha debido de ser fácil.

Card pone el dedo en la llaga cuando, en ese comentario final del autor nos dice: «*Una buena definición de fanático es la de alguien tan convencido de sus puntos de vista y sus ideas políticas que está seguro de que todo el que se*

*opone a él debe de ser estúpido, o está engañado o tener algún interés oculto».*

Desgraciadamente, en lo referente a la política, parece haber muchos más fanáticos que personas que actúan movidas por la racionalidad, tanto en la derecha como en la izquierda...

Algunas de las críticas que leí sobre *IMPERIO* se referían, como les decía, no tanto a la calidad de la obra (es un libro que se devora página a página y cuesta dejarlo a un lado ya que, como *thriller*, está realizado con toda la habilidad narradora de un Card excepcional), sino que preferían referirse a lo que ellos consideraban una orientación exageradamente conservadora y derechista del autor. Eso sugiere que no leyeron el comentario final del autor, sumamente esclarecedor.

Ha ocurrido incluso con los primeros lectores en España. De hecho, he recibido un e-mail diciendo que *«esta novela es bastante tendenciosa hacia la derecha. En el contexto de una sociedad puramente inventada eso no tiene tanta importancia pero, en el contexto de esta obra, los Estados Unidos de mañana mismo, tal como somos, puede resultar un poco ofensivo para algunos lectores»*. No me extrañó, yo ya había leído algunas críticas en ese sentido y, evidentemente, había leído también la novela.

No obstante, pese a esas críticas, decidí seleccionarla para NOVA porque me parece una muy buena novela (muy dinámica, legible y con personajes atractivos), en la que se plantea uno de los grandes problemas de nuestro tiempo: el sectarismo y la intransigencia del fanatismo que siempre quiere ver en el oponente, en el adversario, un feroz enemigo al que no se le otorga categoría humana. Algo así como lo que los nazis pretendieron hacer con los judíos...

Afortunadamente, el correo que recibí finalizaba señalando precisamente: *«Cierto que, al final, el autor hace una llamada a la moderación, pero aun así...»*.

O sea que quedan ustedes advertidos.

Por otra parte, les propongo una reflexión que, tras el e-mail que recibí, no deja de atormentarme: ¿se habría redactado y enviado semejante nota de advertencia si esa nueva guerra civil estadounidense se hubiera narrado desde la óptica de esforzados paladines de la izquierda que lucharan contra la tiranía de una derecha conservadora? ¿O acaso habría parecido entonces lo más normal del mundo...?

En cualquier caso, si la Revolución Francesa tuvo su Pimpinela Escarlata con sus aventuras al servicio de una opción conservadora, estos soldados de Operaciones Especiales al servicio de restablecer la legalidad republicana estadounidense no van a ser menos.

Y no olviden detenerse y reflexionar un poco sobre las interesantes especulaciones que el autor pone en boca de sus personajes sobre si los Estados Unidos actuales son una república o más bien un Imperio, y esa comparación inevitable con el caso del Imperio romano.

O sea que, como se ha dicho, *IMPERIO* se presenta como «un thriller al estilo de Tom Clancy, pero al mismo tiempo es un relato aleccionador». Muy acertadamente, al margen de la publicidad política y electoral al uso, me sumo a la opinión que expresaba Jonathan Gronli en el *Independent* de la Northeastern Illinois University: «*IMPERIO* es una lectura obligatoria para todos. No importa en qué lado del espectro político se encuentren: esta obra habla de la misma manera a todos los que la leen. Es un libro que se devora página a página, y una advertencia definitiva contra lo que podría llegar a ocurrir en estos tiempos tan increíblemente impredecibles».

En cualquier caso, sean ustedes de izquierdas o de derechas, sean ustedes progresistas o conservadores, estoy seguro de que se divertirán con esta amena y agitada novela de Orson Scott Card que parece asegurar tanto la diversión como el debate.

No es poca cosa en los tiempos que corren...

Que ustedes lo disfruten.

MIQUEL BARCELÓ



# 1. El capitán Malich

*La traición sólo importa cuando la cometen hombres de confianza.*

El equipo de cuatro americanos llevaba tres meses en la aldea. Su misión era ganarse la confianza de los lugareños para obtener la información necesaria sobre las actividades de un señor de la guerra cercano de quien se creía que daba cobijo a varios agentes de Al Qaeda.

Los cuatro soldados estaban perfectamente entrenados para su misión de Operaciones Especiales. Lo cual significaba que tenían conocimientos acerca de la labranza y la producción agrícola local, el comercio, el almacenamiento de comida y otras cuestiones de las que dependía la supervivencia y la prosperidad de la aldea. Habían llegado con un dominio rudimentario del idioma, pero ya hablaban de modo razonablemente fluido la lengua de la aldea.

Las aldeanas empezaban a encontrar ocasiones para acercarse a cualquiera que fuese el proyecto en el que trabajaban los americanos. Pero los soldados las ignoraban, y a estas alturas los padres de las muchachas sabían que estaban a salvo... aunque eso no les impedía regañarlas por su descaro con hombres que eran, después de todo, infieles, extranjeros y peligrosos.

Pues esos soldados americanos habían sido entrenados para matar: en silencio o ruidosamente, de cerca o de lejos, individualmente o en grupo, con armas o sin ellas.

No habían matado a nadie delante de aquellos aldeanos y, de hecho, no habían matado a nadie, nunca, en ninguna parte. Sin embargo, había algo en ellos, en su estado de alerta, en la manera en que se movían, que invitaba a la precaución, como invita a ella un tigre simplemente por la fluidez de su movimiento y el acecho de sus ojos.

Llegó el día en que regresó uno de los aldeanos, un joven que había estado fuera una semana, y en cuestión de minutos contó la noticia al anciano que, a falta de alguien mejor, era considerado por todos como el consejero más sabio. Él, a su vez, llevó al joven ante los americanos.

Los terroristas, dijo el joven, estaban acumulando armas al suroeste. El señor de la guerra local no había dado su consentimiento; de hecho, lo desaprobaba, pero no se atrevía a intervenir.

—Sería tan feliz como cualquiera de poder deshacerse de esos hombres. Lo asustan igual que asustan a todos los demás.

El joven estaba también, obviamente, asustado.

Los americanos tomaron nota de las coordenadas que les dio y se marcharon del campamento siguiendo una de las trochas que usaban los pastores.

Cuando estuvieron detrás de la primera colina (aunque esa «colina» habría sido considerada en casi todas partes una montaña), se detuvieron.

—Es una trampa, naturalmente —dijo uno de los americanos.

—Sí —contestó el líder, un joven capitán llamado Reuben Malich—. ¿Pero la harán saltar cuando lleguemos al lugar donde nos envían o cuando regresemos?

En otras palabras, que todos comprendían, ¿estaba la aldea implicada en la conspiración o no? Si lo estaba, la trampa se cerraría lejos.

Pero si los aldeanos no los habían traicionado (aparte del joven), con toda probabilidad la aldea corría tanto peligro como los americanos.

El capitán Malich discutió brevemente las posibilidades con su equipo, así que para cuando dio sus órdenes, todos estaban completamente de acuerdo.

Unos minutos más tarde, usando rutas que habían planeado el primer día, antes incluso de entrar en la aldea, subieron a la colina por cuatro puntos de observación diferentes y divisaron a los hombres que acababan de entrar en la aldea y estaban tomando muchas de las posiciones que la rodeaban y que los americanos habían deducido que emplearían.

El plan de los americanos, en caso de darse semejante emboscada, era abordar esas posiciones con sigilo y matar al enemigo uno a uno, en silencio.

Pero el capitán Malich vio desarrollarse en el centro de la aldea una escena que no podía permitir. Habían sacado al anciano al centro de la polvorienta plaza caldeada por el sol, y un hombre con una espada se disponía a decapitarlo.

El capitán Malich hizo los cálculos mentalmente. Proteger a tus propias fuerzas: ésa era la principal prioridad. Pero si todo fuera cuestión de prioridades, o de la prioridad principal, las naciones mantendrían a sus ejércitos en casa y nunca los llevarían a la batalla.

Allí la principal prioridad era la misión. Si la aldea sufría alguna baja, ya no les importaría que los americanos los salvaran de otras, sólo lamentarían que hubieran traído consigo semejante tragedia. Les suplicarían que se marchasen y los odiarían si no lo hacían.

Allí estaban los terroristas, lo que demostraba que, como se sospechaba, actuaban en la zona. Esa aldea había sido una buena elección. Lo que significaba que sería un terrible desperdicio perder la confianza que habían conseguido.

El capitán Malich empuñó su arma y, tras calcular la fuerza y la dirección del viento y la distancia, apuntó con cuidado y mató al hombre de la espada de un solo disparo.

Los otros tres americanos comprendieron de inmediato el cambio de planes. Apuntaron a los enemigos que podían ponerse a cubierto con mayor facilidad y los mataron. Luego se dispusieron a matar a los otros uno a uno.

Naturalmente, el enemigo respondió al fuego. El propio capitán Malich fue alcanzado, pero su chaleco antibalas contrarrestó el impacto de un arma disparada desde tan lejos. Y mientras el fuego enemigo se volvía más esporádico, Malich contó los enemigos muertos y comparó la suma con el número que había visto en la aldea yendo de edificio en edificio. Hizo la señal con la mano que indicaba al resto del equipo que iba a avanzar, y sus compañeros dispararon a todo el que parecía estar situándose en posición para matarlo mientras bajaba la cuesta.

En sólo unos minutos ya estaba entre los pequeños edificios de la aldea. Aquellas paredes no detendrían las balas y había gente agazapada dentro de las casas. Así que no esperaba tener que disparar mucho. Sería un trabajo para el cuchillo.

Era bueno con el cuchillo. No supo hasta entonces lo fácil que era matar a otro hombre. La adrenalina que corría por sus venas embotó la parte de su mente que podría haber tenido reparos en matar. En lo único que pensó en ese momento fue en lo que había que hacer, y en lo que el enemigo podía hacer para detenerlo, y simplemente relajó la tensión del cuchillo un momento mientras empezaba a buscar otro blanco.

A esas alturas sus hombres estaban ya en la aldea, haciendo sus propias versiones del mismo trabajo. Uno de los soldados encontró a un terrorista que había tomado a un niño como rehén. No hubo ningún intento de negociación. El americano apuntó al instante, disparó, y el terrorista cayó al suelo muerto con una bala en el ojo.

Al final, el único terrorista superviviente se dejó llevar por el pánico. Corrió hasta el centro de la plaza, donde mu-

chos de los aldeanos estaban aún acurrucados, y apuntó con su arma automática para eliminarlos.

Al anciano todavía le quedaba algo de fuerza en sus viejas piernas y se abalanzó hacia el arma automática cuando ésta empezaba a disparar.

El capitán Malich era quien estaba más cerca del terrorista y lo abatió de un disparo. Pero el anciano había recibido una herida mortal. Cuando Malich llegó a su lado, se estremeció una última vez y murió en un charco de sangre que manaba de los dos balazos de su abdomen.

Reuben Malich se arrodilló junto al cadáver y dejó escapar un agudo alarido de profundo pesar, la angustia de un alma atormentada. Se abrió la camisa del uniforme y se golpeó repetidamente en el pecho. Aquello no formaba parte del entrenamiento. Nunca había visto a nadie hacer algo así, en ninguna cultura. Que se golpeará de aquel modo les pareció a sus compañeros una especie de locura. Pero los aldeanos supervivientes se unieron a él en su pena o lo observaron llenos de asombro.

Momentos después volvió al trabajo y se puso a interrogar al abyecto joven traidor mientras los otros soldados explicaban a los aldeanos que aquel muchacho no era el enemigo sino sólo un niño asustado a quien habían coaccionado y mentido y que no merecía la muerte.

Seis horas más tarde, el campamento base terrorista fue barrido por las bombas americanas; al mediodía siguiente, había sido despejada hasta la última cueva por soldados americanos traídos en helicóptero.

Luego todos se marcharon. La operación había sido un éxito. Los americanos informaron de que no habían sufrido ninguna baja.

—Por lo que nos contó uno de sus hombres —dijo el coronel—, nos preguntamos si es posible que decidiera poner a

sus soldados en peligro al disparar inmediatamente debido a un lazo emocional con los aldeanos.

—Eso es lo que pretendí que pareciera —respondió el capitán Malich—. Si permitíamos que en la aldea hubiese bajas antes de que llegáramos, creo que habríamos perdido su confianza.

—Y cuando lloró junto al cadáver del líder de la aldea...

—Señor, tenía que honrarlo de un modo que lo entendieran, para que su heroica muerte se convirtiera en un activo para nosotros en vez de en un inconveniente.

—¿Todo fue fingido?

—Nada fue fingido —dijo el capitán Malich—. Todo lo que hice fue permitir que se viera.

El coronel se volvió hacia su ayudante.

—Muy bien, apague la cinta. —Se volvió entonces hacia Malich—. Buen trabajo, mayor. Póngase en camino hacia Nueva Jersey.

Así se enteró Reuben Malich de que ya no era capitán. En cuanto a Nueva Jersey, no tenía ni idea de lo que iba a hacer allí, pero al menos se hablaba el mismo idioma, y habría menos gente que quisiera matarlo.

## 2. Reclutamiento

*¿Cuándo se pone el primer pie en la escalera hacia la grandeza o en la resbaladiza pendiente de la traición? ¿Lo sabes en ese momento o lo descubres al mirar atrás?*

—Todo el mundo compara Estados Unidos con Roma —dijo Averell Torrent a los estudiantes graduados sentados alrededor de la mesa—. Pero la comparación no es acertada. Siempre se dice: «Estados Unidos caerá, como hizo Roma». ¡Ojalá que tengamos tanta suerte! Caigamos igual que lo hizo Roma: ¡después de quinientos años de dominio mundial!

Torrent sonrió maliciosamente.

El mayor Reuben Malich hizo una anotación... en persa, como solía hacer, para que nadie de la mesa entendiera lo que escribía, que era: el propósito de Estados Unidos no es dominar nada. No queremos ser Roma.

Torrent no esperó a que terminara de tomar nota.

—La verdadera pregunta es: ¿qué puede hacer Estados Unidos para *durar* como lo hizo Roma?

Torrent contempló la mesa. Estaba rodeado de estudiantes sólo un poco más jóvenes que él, pero nadie ponía en duda su autoridad. No todo el mundo escribe una tesis doctoral que se convierte en portada de todas las revistas políticas e internacionales. Sólo Malich era mayor que Torrent; sólo Malich no confundía la diferencia entre Torrent y